

les, 2) una guía para el mejor aprovechamiento de las monografías oficiales, y 3) una investigación similar en el campo de las monografías, series y publicaciones periódicas oficiales, al nivel estatal y local. La autora ha empezado ya a dirigir sus esfuerzos en este sentido, y no sería raro que nos sorprendiera con una nueva contribución de este tipo.

La tesis merece ser revisada por la misma autora, y publicada por una editorial que asegure el tiraje generoso y la amplia distribución que amerita, dentro y fuera del país. Lo primero porque, a pesar del tono académico y el lenguaje impecable que predominan en el texto, existen párrafos de excepción que revelan la pasión con que están escritos o la fatiga de la corrección de pruebas. Lo segundo porque, de otra manera, se agotarán rápidamente los ejemplares que seguramente solicitarán los enterados directamente a la autora.

ARIO GARZA MERCADO  
*de El Colegio de México*

GLENN W. PRICE, *Origins of the War with Mexico. The Polk-Stockton Intrigue*. University of Texas Press, Austin y Londres, 1967. 189 pp.

A pesar de las consecuencias derivadas de la guerra entre los Estados Unidos y México, este conflicto sigue en gran parte olvidado. La historiografía mexicana, no obstante ser este hecho uno de los agentes más importantes para la formación de una corriente de solidaridad nacional que desembocaría en el México moderno, no se ha interesado por su estudio. Existen unos cuantos trabajos polémicos: se ha intentado revalorar la figura central del conflicto, el general Antonio López de Santa Anna en algunos casos. Debe señalarse también el trabajo de Carlos Bosch García, orientado hacia la investigación documental en el terreno diplomático. De todos modos se advierte la ausencia de un estudio "global" de este acontecimiento.

Para la historiografía norteamericana esta guerra tiene una significación concreta: es el medio por el cual Estados Unidos se convertiría en potencia continental. La importancia que se dará a la guerra de secesión opacará a la guerra mexicano-norteamericana. La riqueza de la historiografía de los Estados Unidos hace que en ella se encuentren los únicos estudios completos de este conflicto, como, por ejemplo, el libro de Justin Smith —que presenta un panorama total aunque visto desde el lado norteamericano— y las obras de Merk, que exponen la llamada doctrina del Destino Manifiesto, patrocinadora de la guerra. Es natural que muchos aspectos importantes hayan permanecido en la oscuridad: en los trabajos de Smith, de manera inconsciente, al tratar de disculpar la acción norteamericana; en los de Merk porque este autor sólo se interesa por la opinión pública, olvidando las decisiones que directamente condujeron a la guerra. Por todo esto el libro de Price llena algunas de las lagunas sobre el origen de la lucha.

Dentro de una tradición anglosajona de expansionismo agresivo, la responsabilidad directa del presidente Polk es, para Price, total. No es, sin embargo, el primero en echar toda la culpa a los Estados Unidos,

pero sí es el primero que lo hace sin entrar en una polémica política o religiosa, pues la mayor parte de los historiadores que se preocuparon por este tema antes que él pretendieron hacer de esta guerra una prueba de la degeneración moral en que estaban sumidas las virtudes republicanas o considerar culpables a una región o a una clase social determinadas —los esclavistas sureños, los grupos mercantiles del Este, los pobladores de la frontera—, o al partido demócrata. Price se aleja de estas polémicas añejadas, para enfrentarse, como en general la generación norteamericana actual, con sus propios valores y mitos. Estos mitos, según Price, son el resultado de haberse sentido desde un principio un pueblo singular y el haber creado una sociedad “especialmente planeada y creada para evitar los errores de las demás naciones”. Con tal fundamento era muy difícil encarar racionalmente la responsabilidad de las guerras habidas desde las que se emprendieron contra los indios al llegar los primeros pobladores a las que ha tenido actualmente Estados Unidos, incluida la de Vietnam: de ahí la afirmación constante de que la guerra es la única alternativa para la paz.

El valor del tema para Price reside en su carácter de prueba de la contradicción norteamericana existente entre los valores aceptados y la conducta. La naturaleza de esta guerra confrontada con las explicaciones que de ella dan los norteamericanos representa, para el autor, una expresión clásica del dilema norteamericano.

Una vez sentado que desde un principio y de manera deliberada los Estados Unidos tenían la intención de anexarse la región que terminaría siendo su botín de guerra —con lo que quizás se sienta liberado del peso que hoy día recae sobre todo norteamericano— entra en lo que constituye la materia fundamental de su obra: cómo se llevó a cabo la conspiración para lograr la guerra. Dos personajes dominan la escena, Polk, el enigmático presidente revalorado por los historiadores contemporáneos, y su agente en Texas Robert F. Stockton. Hasta ahora, y a pesar de las contradicciones fáciles de percibir en los discursos pronunciados por Polk durante la guerra, los historiadores han logrado eximirlo de cualquier responsabilidad en las decisiones que condujeron directamente a la apertura de las hostilidades, aunque de acuerdo con las declaraciones del propio Polk, las deseaba.

Price ha reunido el material suficiente para probar la ingerencia directa de Polk y la existencia de una conspiración cuya finalidad era crear fricciones entre los texanos y los mexicanos antes de consumar la anexión, con lo que ésta sería el resultado del tratado que obligaba a los Estados Unidos a defender al estado recién formado. Esta era la misión de Stockton. La actitud hostil del presidente texano Jones, las intervenciones europeas, la situación interna de México que no se prestaron a la acción agresiva, e incluso la actitud de Taylor, llevaron la intriga Stockton-Polk al fracaso. El presidente se vio obligado a recurrir directamente a la provocación y ordenó al ejército adentrarse en territorio mexicano situado al norte del río Bravo, que si bien los texanos lo habían reclamado, jamás había sido efectivamente ocupado por ellos.

Para el lector más deseoso de comprender los hechos que conocer a los “culpables”, la parte más interesante será el retrato de Stockton, arquetipo de los vicios y virtudes de su tiempo. Su increíble capacidad

inventiva y emprendedora, su visión de los negocios, de la política, de las posibilidades ofrecidas por las nuevas máquinas, todo ello movido por la pasión avasalladora de avanzar sin pensar en la posibilidad de la existencia de un límite y que acallaba al tradicional prurito moral norteamericano, presentan a Stockton como una figura fascinante. Es lástima que el autor, preocupado por el problema moral, no nos pinte más acabadamente las fuerzas de la sociedad norteamericana que patrocinarian la anexión y que sólo se adivinan en el retrato de Stockton. La preocupación final de este libro parece ser el enfrentarse con el problema moral que la guerra es hoy para los norteamericanos. La guerra de 1846 permite captar el orgullo que Polk sentía al demostrar la fuerza de los Estados Unidos y cómo se solazaba en el prestigio derivado de exhibir tal fuerza. Si mal no entendemos, Price trata de simbolizar en la guerra con México el mal de la guerra de Vietnam y la futilidad de usar la fuerza con un país débil.

JOSEFINA Z. VAZQUEZ DE KNAUTH,  
*de El Colegio de México*

ROBERT J. SHAFER, *Mexico, Mutual Adjustment Planning*. Syracuse University Press, Nueva York, 1966. 214 pp.

En los últimos años, se ha generalizado el reconocimiento de la planeación como un medio eficaz para promover y facilitar el desarrollo económico y social, especialmente valioso para las naciones menos adelantadas. Ello se ha traducido, sobre todo en América Latina, en el establecimiento de ministerios, oficinas o agencias de planeación en casi todos los países y en la elaboración de planes de desarrollo económico y social a corto y largo plazo.

Se ha pensado que, como resultado de los trabajos de planeación, los países latinoamericanos alcanzarán lo que no han podido lograr en muchos años de libre juego de las fuerzas del mercado: un desarrollo económico y social acelerado.

No obstante, los numerosos planes de desarrollo que se han elaborado en la mayor parte de los países latinoamericanos, su crecimiento económico ha sido lento y, en muchos casos, apenas ha podido superar al incremento demográfico. Se dice que son las fallas del propio mecanismo de planeación y no otras causas, tales como las deficiencias estructurales que se observan en esos países, lo que impide su desarrollo más acelerado; éste de ninguna manera puede lograrse con la creación de una oficina de planeación y con un plan de desarrollo.

El caso de México ha sido distinto. Muchos estudiosos de la economía mexicana se han preguntado cómo ha sido posible que el país haya podido mantener una tasa sostenida de crecimiento en el ingreso real (de 2.5 a 3.0 % de incremento medio anual por habitante en los últimos 25 años) y, al mismo tiempo, conservar un clima de estabilidad institucional y financiera sin un mecanismo formal de planeación.

Es decir, ¿se puede explicar el desarrollo de la economía mexicana en los últimos veinticinco años exclusivamente como un resultado del